TEXTUS ET COMMENTARII

ORIENTACIONES PONTIFICIAS

VALOR HUMANISTICO Y SOBRENATURAL DEL SABER

por GABRIEL DE SOTIELLO, O. F. M. Cap.

«Dos humanismos se reparten hoy el mundo de las inquietudes renovadoras que son sencillamente vitales. De un lado, el humanismo materialista, socialista, soviético. De otro, el humanismo católico» [1]. Sin ponernos a examinar ahora las posibles cercanías y las reales divergencias de ambos humanismos, nos basta señalar que el humanismo materialista es cerrado, ya que no conoce más que la dimensión temporal y terrena del hombre, en tanto que el humanismo católico es abierto, por tener sobre todo en cuenta la proyección del hombre hacia lo eterno y hacia lo sobrenatural. Por otra parte esto no implica ni mucho menos una abdicación ante los valores temporales. El cristiano sabe que nada es profano en Cristo y que todas las realidades humanas, en lo que tienen de positivo, pueden ser trasformadas en realidades evangélicas. Naturalmente, en cierto sentido, siempre las cosas han estado en el cristiano al servicio del hombre y como escalas para subir a Dios, hasta cuando las cosas mundadas eran primariamente objeto de renunciamiento y de negación. Pero hoy se nota una tendencia muy visible a rescatar a las cosas de su profanidad para incorporarlas a la vida católica en cuanto tal. Se escribe sobre la teología de las cosas terrestres, la teología del trabajo, de la acción temporal, de los recreos, de la enfermedad... Una de las características del actual Pontífice es precisamente su «catolicidad», si se permite la palabra. Ha realizado en una medida superior a la ideada en las «Cartas del Papa Celestino VI» esa preocupación por todos los hombres y por todas las profesiones, y ha buscado siempre el punto de contacto posible y deseable con lo sobrenatural. Ha hablado a sacerdotes y religiosos, a teólogos y juristas, a filósofos y artistas, a trabajadores de todas las profesiones y a deportistas de los deportes más inverosímiles, a los enfermos y a los niños y a los recién casados... Ha abarcado toda la complejidad social y técnica de nuestros días y ha dicho a cada uno la palabra justa y paternal que nece-

1. Fray Mauricio de Begoña, O. F. M. Cap., *Arte, Ciudad, Iglesia* (Madrid, Ed. Studium de Cultura, 1951) p. 84.

Universidad Pontificia de Salamanca

sitaba. Nosotros vamos a ceñirnos a destacar algunas orientaciones sobre el valor humanístico y sobrenatural del saber, tomando esta palabra en un sentido no muy exigente desde el punto de vista de la especulación. Se ha creído a veces que esta «redención» de las realidades humanas y concretamente del saber ha sido un bello descubrimiento de nuestros días, cuando la verdad es que se trata de un retorno, después de haber abandonado esta perspectiva que habían tenido muy en cuenta otros siglos cristianos. Recordemos que San Buenaventura hizo una clasificación de las ciencias, según el estado embrionario en que se encontraban en su tiempo, desde las artes textiles, fabriles, la agricultura, la caza, la navegación, hasta las sutiles especulaciones de la metafísica, en un mgnífico intento de descubrir a través de ellas un camino de ascensión hasta Dios. Hoy los presupuestos filosóficos son distintos; pero el intento es idéntico, con la particularidad de que no se ha podido descubrir todavía una senda que conduzca de la ciencia a Dios en una forma sistemática y lógica. Pero ni siquiera en forma empírica se ha hecho una reducción del saber a la teología de un modo serio. Merecería tenerse en cuenta más de una de las observaciones del Papa en este sentido.

La ciencia y la vida

La enemiga de la Iglesia con el progreso es un disco tan gastado que ya no es posible volverlo a poner sin que suene apagadamente y desafinado además. Con todo, es algo que se sigue repitiendo tercamente, porque tiene algo de estribillo pegadizo y siempre es un recurso al que se puede acudir en momentos de apuro. El Papa ha dicho unas palabras que debieran ser definitivas por lo que se refiere a la actitud de la Iglesia frente al saber, sin prejuzgar que, en determinados momentos históricos, grupos de católicos se sustraigan al esfuerzo que exige el estar en las avanzadillas del saber. Las palabras a que me refiero son las siguientes: «Amiga de la verdad, la Iglesia admira y ama el progreso del saber lo mismo que el de las artes y de cualquier cosa que encuentra buena y bella para exaltar el espíritu y para promover el bien. ¿No es acaso la Iglesia el progreso divino en el mundo y la Madre del más alto progreso intelectual y moral de la humanidad y de la vida civilizada de los pueblos?» [2].

Estas palabras no tienen valor únicamente como afirmación categórica de un hecho, sino que definen también el sentido humanístico que la Iglesia atribuye al saber. No se trata de un humanismo puramente formal o estético, sino de un humanismo integral, que sirva para exaltar el espí-

2. *Discurso a la Academia Pont. de Ciencias,* 3-XII-1939: *Pío XII y el Mundo Intelectual.* S. Sebastián, Edic. Pax, p. 62. Los documentos anteriores a 1945 están tomados de esta colección. Desde esa fecha, de «Ecclesia».

Universidad Pontificia de Salamanca

ritu y para promover el bien. Esto lleva consigo el que la ciencia tenga un valor trascendente, o sea, que por el hecho de comunicarnos nuevos conocimientos, nos comunica algo más que esos conocimientos. Esa es hasta su misión providencial, como se ve por el simple hecho de que la ciencia sola no aquieta los anhelos de nuestra alma. Más bien se nos presenta como un pedagogo que nos indica qué dirección debemos tomar. San Buenaventura hablaría del sentido «anagógico» del saber. «Toda la ciencia, conquistada a precio de grandes fatigas, no aquieta en la felicidad las esperanzas y los anhelos del ánimo humano. Somos inmortales, hemos nacido para otro mundo, para aquel mundo, no manifiesto a la razón, que, frente a *La Escuela de Atenas*, nos revela y representa la gran composición a la que se dió el nombre de *La disputa del Sacramento*» [3].

De hecho la historia no nos autoriza a desentendernos de todo posible obstáculo que la ciencia pudiera oponer al cultivo de los superiores valores religiosos. Un San Pablo o un San Francisco de Asís están muy lejos de Sócrates en lo tocante al papel que necesariamente haya de desempeñar el puro saber en el comportamiento total del hombre. Aún más, el saber históricamente coincide con un debilitamiento en muchos del espíritu religioso. Este fenómeno no se le ha escapado a la mirada vigilante del Papa, quien, en un discurso a los Jóvenes de A. C. italiana, pronunció estas palabras: «Los descubrimientos de los últimos doscientos años, el progreso científico, civil y económico ha dado lugar en tiempos normales... a una condición de vida media, a un estado de común bienestar que en las edades anteriores no se había podido concebir ni soñar. Simultáneamente por otra parte —no por intrínseca necesidad, sino por consecuencia de concomitancias históricas— se ha manifestado una debilitación del sentimiento religioso, de la fuerza de la fe, de la aceptación de lo sobrenatural y de la preocupación por el alma» [4].

Y esto tiene una muy comprensible explicación psicológica. Ya en el campo de la estética, las realidades más bellas, lo mismo que pueden elevarnos más a Dios si las miramos desde el punto de vista de ejemplados de la Eterna Belleza, pueden aprisionarnos en sus encantos si nos detenemos en un punto de vista meramente natural. En el cántico de San Francisco a las criaturas, recordemos cómo todas ellas son las más bellas entre las que componen nuestro mundo; y hasta la misma muerte de los justos, que es la que en definitiva cantó únicamente el Seráfico Poeta. ha merecido de la liturgia el calificativo de «pretiosa». Pero inversamente fué ese mundo, en cuyo descubrimiento tanto influyó el mismo San Francisco, el que llegó a polarizar y a cautivar tan intensa y exclusivamente el espíritu del hombre, que llegó a ser un sucedáneo de la misma divinidad.

3. *Ibid.*, p. 68.
4. *A los jóvenes de la A. C. Italiana*, 24-IV-1943: *ibid.*, p. 215.

Universidad Pontificia de Salamanca

Lo empezó siendo en el Renacimiento con su belleza estética y lo ha sido en el siglo pasado y en el actual con su potencia realmente abrumadora. Primero fué una entrega de amante y luego una entrega posiblemente de esclavo. Pero esas eventuales y hasta probables desviaciones del hombre solamente demuestran que poseemos una libertad deficiente, que hace posible ese quid pro quo en nuestra estimación práctica de las cosas. Pero la Iglesia está lejos de caer en ninguna clase de maniqueísmo y no considerara nunca como intrínsecamente mala ninguna realidad terrena, sea de orden natural, científico o técnico, por el hecho de que haya quienes se sirven torcidamente de ese, en definitiva, don de Dios. Por eso el Papa, en una audiencia a los delegados de la Conferencia Internacional de Radiodifusión dice que se oyen formular quejas por los daños que causa la radio; pero que no nos vamos a privar de sus ventajas, porque la malicia de algunos abuse de los dones de Dios [5].

En conclusión: La Iglesia reconoce el hecho del progreso científico, se interesa por él y lo promueve. No desconoce su posible utilización para el mal ni el hecho histórico de que el progreso haya coincidido con un debilitamiento de la fe en muchos; pero con un criterio sano y generoso, fundado en un optimismo consciente, no se deja amedrentar por el mal uso que hayan de hacer de esas cosas los hombres de mala voluntad. Su misión de predicar el Evangelio a toda criatura debe también entenderse en el sentido de que siente sobre sí el deber de conquistar para Jesucristo, ante todo las almas, evidentemente, pero también todas las otras criaturas de este mundo.

Cultura y sociedad

Aunque los problemas humanos nunca son enteramente nuevos, por la sencilla razón de que no es nuevo el hombre ni son nuevas sus preocupaciones, pero en cada época presentan esos problemas novedades más o menos accidentales. Si el hombre fuera un ser abstracto, de una geométrica identidad consigo mismo, esto no tendría lugar; pero el hombre es de una concretez insustituíble, que comprenderemos un poco aproximativamente si tenemos en cuenta el número incalculable de factores, tanto personales como sociales, además de la libertad de cada uno, que condicionan nuestro comportamiento, con sus tendencias, preocupaciones, proyectos, etc. Pero esa concretez individual no quita que en cada época podamos establecer un conjunto de caracteres, más o menos oscilante, que forman su fisonomía. Nuestra época se caracteriza por una polarización de la vida en sentido social, entendiendo por ello el que los hom-

5. *A la Conferencia Intern. de Radiodifusión*, 6-V-1950: «Ecclesia». (1950, I sem.) página 537.

Universidad Pontificia de Salamanca

bres de hoy se sienten más solidarios y dependientes del todo social que nuestros inmediatos antepasados. Si este carácter específico afecta hoy a todas las realidades más o menos ligadas a la vida humana, destaca visiblemente en el orden cultural. Hoy la cultura se ha socializado bajo muchos aspectos: en primer lugar no es ya el privilegio de una clase social, sino que se pretende que todos puedan recibir una educación tal que les permita incorporarse a la dirección de la cosa pública con suficiente conocimiento y responsabilidad; en segundo lugar ya no es el preceptor el encargado de educar al hijo de un noble, sino que todos acuden a las mismas escuelas y Universidades para recibir la misma instrucción. En tercer lugar la ciencia ya no es fruto exclusivamente de individualidades poderosas, sino que depende en gran parte del esfuerzo colectivo, en equipo, y hoy son innumerables los organismos internacionales en todos los órdenes del saber. En una palabra, el saber adquiere hoy un valor social frente al valor casi exclusivamente personal o de aristocracia que tenía en otros tiempos. Ante esta realidad, el Papa pretende poner de relieve el valor humano y sobrenatural que debemos sacar de esta contingencia histórica. Debieron resonar como un cántico de paz en medio del estruendo de la guerra las palabras que a este respecto pronunció Su Santidad en diciembre de 1939 ante la Academia Pontificia de Ciencias: «La verdad que os dicen las cosas inferiores en su variedad y diversidad no es aquella que «odium parit», sino aquella otra que eleva sobre las diferencias y disensiones de los espíritus, que hermana los ingenios y los ánimos en el amor de los verdadero, porque una verdad ama a la otra y como hermanas, hijas de una misma madre, la Divina Sabiduría, se besan la frente en la presencia de Dios. En vosotros, perspicaces investigadores de la naturaleza, nuestro antecesor, de venerada memoria, vió a los grandes amigos de la verdad, por cuyo amor vuestra ciencia os hermana y en medio de las luchas que ensangrientan al mundo os convierte en un ejemplo insigne de aquella unión de pacíficos designios que no turban las fronteras de los montes y los ríos, de los mares y los océanos» [6].

En diversas ocasiones el Papa ha insistido sobre el sentido de acercamiento que supone la necesaria colaboración de distintas naciones y de distintas entidades para la solución de los problemas de la ciencia. «Este plan —habla a la Asamblea General de la Unión Geodésica y Geofísica Internacional— es vasto y no puede ejecutarse, sino mediante una colaboración estrecha entre muchos países. Nos podemos esperar no solamente que las ventajas esperadas por el mundo sean proporcionadas al inmenso trabajo desplegado, sino que este ejemplo insigne de colaboración y de buena voluntad entre las naciones haga avanzar la causa de la paz mun-

6. *A la Academia de Ciencias*, 3-XII-1939: *El mundo intelectual*, p. 61.

Universidad Pontificia de Salamanca

dial» [7]. La Iglesia Católica, se ha dicho, es un agente y un testigo divino que comparte la aventura humana. Si los Padres de la Iglesia y los Apologistas consideraron la unidad del mundo bajo el imperio romano, como una providencial circunstancia que favoreció la dilatación del Evangelio, y el primitivo Cristianismo usufructuó copiosamente esta indudable oportunidad, no debemos nosotros dejar pasar en balde esta nueva coyuntura que ahora nos ofrecen las actuales condiciones históricas.

Pero la ciencia no sólo tiene un valor social en cuanto que tiende a desentenderse de prejuicios que tienen alejados a los hombres y los une en empresas comunes, sino que tiene por su misma naturaleza una función social. «Sin duda el progreso de las ciencias hacia nuevas metas, sostenido por las poderosas maravillas de la técnica, es en sí mismo un progreso de luz en las ocultas vías de Dios, a fin de sacar de él bien y fruto y alivio para la vida social... Tenemos plena confianza en que a la presente generación de cultivadores de la ciencia... le sea permitido en un porvenir no lejano dedicar todas las fuerzas de su entendimiento, todo el idealismo de su voluntad a que... surja en el mundo un nuevo orden de justicia y de paz» [8].

La ciencia al servicio de la persona

Pero en todo caso, sea o no a través de lo social, el factor primario del progreso científico siempre será el hombre. Y es aquí donde se presenta hoy el gran problema que ha planteado la cultura moderna, que ha desorbitado al hombre infundiéndole un terror cósmico, como un dios tirano de los antiguos mitos. Hay muchos que repetirían de buen grado la hazaña de encadenar de nuevo a Prometeo, bajo el pretexto de que no compensa el progreso que nos ha traído con los males que ese progreso ha desencadenado y puede seguir desencadenando en el mundo. Por eso, ante esa irrupción de los poderes latentes de la naturaleza en la vida humana, es más urgente que nunca repetir que no es el hombre para la ciencia y el progreso, sino éstos para el hombre. El Papa no ha cesado nunca, en cuantas ocasiones se ha presentado una oportunidad, de repetir que la meta de todo el saber es el hombre, en su doble dimensión, temporal y eterna. «El origen y el fin esencial de la vida social ha de ser la conservación, el desarrollo y el perfeccionamiento de la persona humana, ayudándola a actuar rectamente las normas y valores de la religión y de la cultura, señalados por el Creador a cada hombre y a toda

7. *A la X Asamblea General de la Unión Geodésica y Geofísica Internacional*, 25-IX-1954: «Ecclesia» (1954, II sem.), p. 399.

8. *A la Sociedad Italiana para el progreso de las ciencias*, 2-X-1942: *El mundo intelectual*, p. 175-176.

Universidad Pontificia de Salamanca

la humanidad, ya en su conjunto ya en sus naturales ramificaciones» [9]. Sin olvidar que en último término es la persona humana la que hace en fin de cuentas progresar las ciencias más decisivamente que los instrumentos y demás medios técnicos, como lo recordaba Su Santidad el pasado año de 1954: «Ni la existencia de organizaciones nacionales ni internacionales, ni el perfeccionamiento de los aparatos constituyen el elemento principal del progreso científico, que resulta ante todo del esfuerzo humano, de la iniciativa personal, del valor perseverante al que jamás suplirá ninguna máquina» [10].

Pero en esa subordinación de la ciencia y del progreso al hombre no podemos prescindir de una rigurosa jerarquización de valores humanos, tomando como canon la misma naturaleza del hombre y la doctrina de la revelación. Esta jerarquización se impone desde el momento en que somos seres complejos, y que nuestra vida depende en cada momento de nosotros, pudiendo hacer de ella una obra de arte, por su equilibrio y perfección, pero con la posibilidad también de fracasar irremediablemente en nuestro intento. Podemos señalar una escala de valores, siguiendo la idea del Papa, que va desde los valores vitales hasta los religiosos, pasando por los estéticos, intelectuales y morales.

a) *Valores vitales*: Se ha dicho que el renacimiento descubrió al hombre, y que el siglo XX ha descubierto el cuerpo. Que el problema del cuerpo es un problema de actualidad se demuestra con sólo tener en cuenta la copiosa literatura que se le ha dedicado en los últimos años [11]. Pensemos además en el margen que conceden los periódicos, la radio, las revistas, los programas de los Colegios, el público en general a los deportes y a la salud corporal y se verá cómo el valor vital ha emergido avasalladoramente en la vida moderna. «He aquí que en el siglo XIX Nietzsche rebaja la mirada del hombre a sí mismo: «Yo soy cuerpo y fuera de eso nada». Sin embargo, la corriente del descubrimiento del cuerpo no se hace fascinadora hasta el siglo XX. Y coincide desgraciadamente con la desaparición de los valores espirituales y religiosos. Desarrollo de las ciencias, estudios biológicos, progresos incesantes de la medicina, estudio de temperamentos, sistemas reguladores que dan un ritmo a la vida, manía por los deportes, investigación de medios capaces de mejorar la salud pública... todo esto es objeto de preocupación de los hombres de nuestro tiempo [12].

Este es un hecho que no podemos ni desconocer ni desatender, tanto más cuanto que el cristianismo posee una teología capaz de dar sentido

9. *Radiomensaje de Navidad de* 1942: *Ibid.*, p. 185.
10. *A la Unión Geodésica y Geofísica*, «Ecclesia» (1954, II sem.), p. 399.
11. *El hombre nuevo*. Examen de algunos aspectos del hombre cristiano después de la guerra (Bilbao, Desclée de Brouwer, 1953), p. 51-52.
12. *Ibid.*, p. 55.

Universidad Pontificia de Salamanca

divino y sobrenatural a todas las realidades humanas y terrenas y concretamente en lo que se refiere al cuerpo, sus dogmas de la creación, de la Encarnación, de la Redención, de la Iglesia visible, su liturgia y su doctrina secular debieran ser pruebas suficientes de que no es ella la enemiga del cuerpo, como se ha preconizado con tanta frecuencia. Más bien han sido las estrecheces puritanas de las sectas protestantes las que han producido la reacción a favor del cuerpo, reacción que, como sucede siempre, se ha ido al otro extremo de la balanza. Nuestra labor en este punto es la que ha señalado el canónigo Thils cuando escribe: «El esfuerzo de los cristianos debe tender a este fin: asegurar la reintegración de los valores profanos en una perspectiva cristiana difundiendo en los espíritus una concepción total de la vida y del mundo» [13].

¿Ha dado el actual Pontífice una respuesta suficientemente clara y completa a este nuevo estado de cosas dentro del cual se encuentra el cristiano en nuestros días? El Papa en diversas ocasiones ha abordado el tema, pero en ninguna con la amplitud con que lo hizo el 20 de mayo de 1945 a diez mil jóvenes pertenecientes a diversas formaciones deportistas de Italia. No haremos más que entresacar algunas de sus palabras, en las cuales aparece con diafanidad cuál es el pensamiento de la Iglesia sobre el particular. Dice así: «Tan lejos están de la verdad los que acusan a la Iglesia de descuidar al cuerpo y de no estimular a los que pertenecen a diversas formaciones deportivas, como los que quisieran reducir su competencia a cosas puramente religiosas, exclusivamente espirituales... El materialismo no conocía del cuerpo más que la carne material... La concepción cristiana ha hecho del cuerpo humano la obra maestra de Dios en el orden de la creación visible... Aun reducidos a polvo, la Iglesia respeta y honra esos cadáveres llamados a resucitar algún día... El deporte es una escuela de lealtad, de valor, de resistencia, de resolución, de fraternidad universal, todas ellas virtudes naturales, pero que proveen a las virtudes sobrenaturales de un fundamento sólido y preparan al hombre para sostener sin desfallecimientos el peso de las más graves responsabilidades» [14].

Por lo que se desprende de las palabras citadas, el Papa «estimula» el cultivo de estos valores humanos del cuerpo, de los valores vitales; pero al mismo tiempo orienta esa misma actividad hacia metas de formación humana más completa, hasta ver en esas virtudes naturales el soporte que hemos de utilizar para asentar sobre él las mismas virtudes sobrenaturales.

b) *Valores estéticos.*—No resulta fácil determinar las fronteras entre

13. THILS, *La théologie et les réalités terrestres,* en *El hombre nuevo,* p. 55.
14. *A los deportistas italianos,* 20-V-1945: «Ecclesia», (1945 I sem.), p. .....

Universidad Pontificia de Salamanca

la necesidad y el lujo, porque la historia nos hace ver que muchas cosas que en determinadas épocas eran consideradas como pura suntuosidad, en otras llegan a convertirse en una verdadera necesidad. Esto lo comprendemos hoy mejor que nunca, en esta elevación del nivel social que está acaeciendo en la actual sociedad. El arte, por ejemplo, ha sido siempre considerado como lujo aristocrático y esto en un doble sentido: en cuanto el artista pertenece de suyo a una aristocracia del espíritu y en el sentido de que el arte era accesible también únicamente a la aristocracia del dinero. Hoy el arte, por lo que se refiere al público, ha pasado a ser patrimonio común y esto mismo ha de influir y ya está influyendo en que sean cada vez más los que sientan el «divino furor» de que nos habla Platón; aunque no será nada fácil que lleguen a producirse en serie los Lope de Vega, Velázquez o J. Sebastián Bach. De todos modos tenemos que constatar el hecho de que el Papa, al hablar del arte, no lo considera como un lujo reservado a unos pocos, sino como una verdadera necesidad humana. Oigamos lo que dice acerca de la música: «No querríamos dejar de mencionar la comprensión de las verdaderas necesidades de la humanidad y de su espiritualidad, de que la radio tiene que dar prueba mediante sus trasmisiones musicales. No tenemos intención de hablar aquí de aquellas audiciones en las que bien difícil sería encontrar mérito artístico..., sino más bien referirnos tanto a las instituciones de música sagrada, como al empeño de hacer asequibles al público las composiciones también profanas de los grandes maestros antiguos y modernos, cuyas obras maestras infunden en los espíritus en los corazones, en las almas, los elevados sentimientos de que ellos estuvieron animados. Ahora nos haréis gustar el concierto branderburgués número 3 en «sol» mayor, del gran Bach» [15].

c) *Valores morales.*—Las cosas de este mundo se jerarquizan en una escala de valores que es paralela a otra escala de perfectibilidad de la naturaleza humana. Sin caer en un utilitarismo vulgar, no podemos desconocer que los valores, sin ser sujetivos, dicen una necesaria relación con el hombre y llamamos valores morales a aquellos que perfeccionan al hombre como ser moral. Ya hemos advertido alguno de los valores morales de la ciencia, como el que señala el Papa al decir que la ciencia aúna los espíritus, contribuyendo a un acercamiento mayor de los hombres y los que quedan indicados al hablar de las virtudes que fomenta el deporte. Pero es hablando a los médicos cuando el Sumo Pontífice insiste en la idea de que el médico no ha cumplido plenamente su misión con preocuparse exclusivamente de la salud corporal. El hombre es un ser demasiado complejo y la mutua influencia de lo psíquico y lo moral ha sido uno de los avances más fructíferos de la ciencia en nuestro siglo. «Vosotros —habla a médicos— os dais cuenta

15. A «*Radio Audizioni Italia*», 3-XII-1944: *El mundo intelectual*, p. 320.

Universidad Pontificia de Salamanca

de que vuestra influencia puede prolongarse más allá del terreno de la terapéutica, llegando al terreno de los problemas humanos. En él, como en el dominio científico, vuestra tarea es grande. ¡Cuántos enfermos doblemente tocados, primero en el cuerpo, después en su alma, privados de esperanza, de aliento y de toda razón de vivir! Lo que ellos esperan de vosotros no es solamente una competencia profesional sin defectos, sino, más aún, una comprensión entera del hombre y de las condiciones espirituales de su vida; es decir, aun cuando su deseo no llegue a expresarse claramente, una orientación discreta y comprensiva, una invitación a no añorar vanamente los bienes que se les escapan, sino a apoyarse sobre otras realidades más durables, más firmes, a las cuales hasta ahora daban ellos menor importancia, y que descubren de repente, sin decidirse aún a asirse a ellas, como la verdadera tabla de salvación» [16].

Esta preocupación por el hombre como totalidad responde a este momento de madurez intelectual por la que el hombre de nuestros días tiende a evadirse de esa ley de oscilación pendular que es una de las características más visibles en la historia del pensamiento y de la acción humana.

d) *Valores religiosos.*—Pero los valores supremos del hombre siempre serán los religiosos, por ser el elemento religioso el que une directamente al hombre con la fuente suprema del ser, con Dios. La ciencia, en su investigación de las realidades creadas, tiene la misión providencial de ir descubriendo en ellas la huella del Creador. Las leyes por las que se rige el mundo son vestigios por los que el hombre debe elevarse al conocimiento de la Divina Sabiduría. Es lo que ha inculcado el Papa, por ejemplo en estas palabras que dirigió el 2 de octubre de 1952 a un grupo de sabios: ...«El hombre, extraño al tiempo pasado, recorre hacia atrás ese tiempo pretérito investigando e indagando en la obra de Dios sus huellas, dejadas en la tendencia de las cosas y en las fases de la evolución del universo, como leyes de su divina sabiduría, de la que es hija toda ciencia humana, toda exploración y conquista, toda posesión y utilidad del mundo físico» [17]. Esta misma idea la volvía a repetir en 1954: «El sabio que se consagra a trabajos como los vuestros (habla a radiólogos), no sirve a un ídolo, sino que, al esforzarse por conocer los inagotables recursos de la naturaleza física y del ser viviente, descubre un poco más cada día los secretos depositados por el Creador en su creación. Es como un descubridor de tierras nuevas para gloria de su Señor» [18]. Y añade algo más abajo unas hermosas palabras que bien pudieran ser bajo un aspecto la definición de las preocupaciones del actual Pontífice en su ya glorioso

16. *Al III Congreso Internacional de Poliomielitis*: «Ecclesia» (1954, II sem.), 6. 342.
17. *A la Sda. Rota Romana*, 1-X-1942: *El mundo intelectual*, p. 167.
18. *A los congresistas de Radiologia*, 5-IV-1954: «Ecclesia» (1954, I sem.), p. 426.

Universidad Pontificia de Salamanca

pontificado: «Nada de lo que toca a la ciencia o a la dicha de la humanidad Nos deja indiferentes» [19].

Ciencia técnica y humanidades

Algunos de los conceptos que hoy están en crisis son los conceptos de cultura, de ciencia. Un sacerdote y escritor belga, Louis Fourneau, ha hecho un interesante estudio acerca de la cultura del hombre de mañana. Vamos a tomar de él algunas observaciones que nos parecen acertadas. Dice, entre otras cosas: «La mágica palabra de ciencia, que evocaba los estudios de metafísica o de derecho, ha tomado estos últimos años una acepción más positiva, hasta el punto de que la mayor parte de la gente, aun instruída, piensa en seguida en el laboratorio... Pues bien, es cierto que la presencia, en el seno de nuestro siglo, de un mayor número de hombres dedicados por sus estudios y sus funciones a preocupaciones de orden técnico, crea un clima nuevo. Al principio se manifiesta tímidamente cierta reserva frente a las fórmulas antiguas de cultura» [20]. Todo esto quiere decir que se está dando un viraje en torno al significado de esos venerables vocablos. Junto a aquel camino clásico por el que transitaban poetas, filósofos, artistas, ahora se abre otro camino trepidante de maquinaria, de enormes fábricas, de vertiginosidad. Y si al término «humanidades» queremos conservarle en su glorioso pedestal, no hay más remedio que ensancharle hasta dar cabida en él a formas del saber que en otros siglos eran subestimadas y que en el nuestro han alcanzado un fabuloso prestigio y piden con urgencia un puesto de honor en los programas y en las bibliotecas de los hombres simplemente cultos, no ya intelectuales.

Pues bien, la Iglesia no ha dejado de percatarse del problema y de sus múltiples repercusiones en el ámbito moral y religioso, que es el que directamente le interesa. Su Santidad Pío XII, como buen mediterráneo, es indudable que personalmente siente una cariñosa veneración por la cultura grecolatina, cultura que posee con perfección y que tantas veces ha utilizado en sus discursos. Y siente predilección por los estudios clásicos, que, indudablemente, son de suyo más eficaces en la formación del espíritu del hombre. «De Atenas y de Roma salieron los grandes maestros de la cultura europea y la religión de Cristo no los desdeñó, antes bien es gloria suya si aquellos documentos de la antigua sabiduría fueron conservados y transmitidos hasta nosotros, para que su perfume intelectual y moral, purificado de todo mal olor de gentilismo, viniese a ser y se difundiese en todos los tiempos, hasta la edad nuestra, como un aura

19. *Ibid.*
20. *El hombre nuevo*, p. 123.

Universidad Pontificia de Salamanca

que reavive los ingenios con la emulación de los antiguos, aun en el progreso del saber moderno y en las más audaces y admirables ciencias físicas e industriales» [21]. Aquí, además de proclamar la eficiencia histórica de los estudios clásicos, intenta evitar un funesto divorcio entre esa cultura y la nueva cultura que avanza poderosamente en los últimos tiempos. Una inteligente conjunción de ambas evitaría los peligros que la técnica sola podría crear para el hombre. Por eso es indudable que el hombre que ha llegado por su esfuerzo a crearse un bienestar y que ve cómo sus descubrimientos van asegurando su existencia contra eventuales peligros, tan frecuentes en otros tiempos, va adquiriendo conciencia de su suficiencia, de bastarse a sí mismo y se va creyendo cada vez más desligado de un Ser al que tuviera que estar pidiendo cada día las lluvias o el sol para que no se malograsen sus cosechas. Esto lo advertía el Papa en uno de sus primeros discursos a grupos de intelectuales. «Con el desarrollo, con el incremento y con la difusión de las ciencias y de las artes mecánicas y con el progreso del bienestar material, en no pocos ha surgido una creciente indiferencia hacia Dios y hacia las cosas divinas. Por haber conquistado mayores bienes en la tierra, creyendo depender menos inmediatamente del Creador y Señor soberano, los hombres ingratos olvidan que todo es don de Dios, aún las mismas fuerzas de la naturaleza que sojuzgan, y las facultades intelectuales y sus brazos, que son las armas de sus éxitos y sus victorias» [22]. Existe acaso también otra razón psicológica e histórica de la indudable menor peligrosidad de la cultura antigua que de la moderna. La antigua, en un largo proceso de cristianización, ha incorporado sus valores positivos al acervo común, mientras sus errores son ya cosa muerta. En cambio, la cultura de hoy no ha podido ser sometida a esa catarsis y sus errores y aciertos marchan peligrosamente confundidos en un río demasiado turbio. Por eso se precisa un esfuerzo más vigilante para encauzar ese progreso, haciendo imposible lo que todos lamentamos: que el progreso haya servido para multiplicar los males de la tierra, en vez de servir exclusivamente para aliviarlos. Por eso nos dice el Papa que la técnica, por haber usado torcidamente de ese don de Dios que son las fuerzas de la naturaleza, «en la hora actual deba expiar su error, y tenga que ser como vengadora de sí misma, creando instrumentos de ruina que destruyen hoy lo que ayer había edificado» [23]. Además, la técnica «encaminada a prevalecer cada vez más sobre las ciencias especulativas», tiene en sí misma un peligro de mayor materialización del hombre, debilitándose de ese modo el sentido de la cultura cristiana «riquísima en valores de

21. *A los directores y profesores del «Centro para mutilados de guerra de la Princesa de Piamonte»*, 29-XI-1942: *El mundo intelectual*, p. 184.
22. *A la Juventud Femenina de A. C. I.*, 6-X-1940: *El mundo intelectual*, p. 90.
23. *Radiomensaje de Navidad*, 25-XII-1941: *El mundo intelectual*, p. 145.

Universidad Pontificia de Salamanca

verdad y de sabiduría y completamente saturada de todo aquello que tenía la antigüedad de eternamente bueno» [24].

Misión del intelectual

Hoy ya no escribimos ciencia con mayúscula por modestia intelectual, por estética caligráfica y sobre todo porque la ciencia no es ninguna persona concreta y mucho menos una divinidad, como pretendió ser no hace muchos lustros. Ciencia es el conjunto de verdades o de hipótesis a que han llegado los hombres cuando han pretendido desentrañar el sentido de la realidad. Por eso, al hablar del valor humanístico y sobrenatural del saber, no podían faltar algunas consideraciones dedicadas al papel del intelectual en esta orientación de la ciencia a desarrollar los valores humanos.

La misión del intelectual es la de ser guía de quienes le rodean; pero un guía que no puede contentarse con serlo de seres abstractos, dotados de intelecto, sino de seres concretos y complejos. Quiere decir que el intelectual de hoy no puede limitarse a ser el «professor ordinarius» de una ciencia, sino que su saber y su prestigio deben ponerse al servicio del hombre total. Debe ser un educador y un apóstol. Es este también un signo de nuestro tiempo, que ha comprendido que no se despeja la «incógnita del hombre» mientras no se le tome en toda su riqueza y variedad humana y hasta divina. Por eso el Papa exclama en un arranque de conmovedora amonestación: «Oh apóstoles de la verdad, de esta verdad que es la única fuerte y que forma a los fuertes! Enseñad no el orgullo que es débil, que hincha y no edifica... sino el sentimiento del deber, el dominio de sí mismo, el valor, el heroísmo en las pruebas y en los peligros, aquella virtud y aquel valor que no se ensoberbece con la victoria y hace más amable al vencedor» [25]. Estas advertencias hubieran parecido en otras épocas muy poco oportunas dirigidas a intelectuales.

Pero la historia última ha enseñado que el intelectual, el hombre de ciencia, el dirigente social estaban bastante más preparados técnica que «humanamente» y por eso urge que el hombre vuelva a adquirir un sano equilibrio interior, que es a lo que debe aspirar toda auténtica educación. Con una diafanidad sin par se lo recordaba el mismo Papa en el mismo discurso: «Mas para cumplir tal misión (ser heraldos de la verdad católica) sin peligro para vosotros y con eficacia a vuestro alrededor, es necesario ante todo que en vuestra mente y en vuestra alma no haya desequilibrio entre vuestra cultura religiosa y vuestra cultura universitaria general y especial. Vuestro conocimiento de la moral, del culto y de la vida

24. *A siete mil estudiantes romanos*, 30-I-1949: «Ecclesia» (1949, I sem.), p. 173.
25. *A los universitarios de A. C. I.*, 20-IV-1941: *El mundo intelectual*, p. 117.

Universidad Pontificia de Salamanca

interior católica, ¿no deben acaso elevarse a un nivel proporcionado a vuestros conocimientos científicos en Derecho, Historia, Letras o Biología?» [26]. De la falta de ese equilibrio nacieron las crisis interiores que han llevado a tantos intelectuales a perder la fe. Con las armas de una formación elemental, cuando se cree más por inercia tradicional que por principios sólidos, al llegar las dificultades que puede presentar la ciencia, se empieza a dudar y se termina negando o encogiéndose de hombros.

Pero no se vaya a deducir de aquí que el Papa no sea exigente en lo que toca a la formación específicamente científica. Es precisamente al intelectual católico al que exige ir a la cabeza del saber: «No aceptéis vosotros, estudiantes universitarios y licenciados o doctores católicos, ser menos que otros en la palestra del valor científico y de la competencia, de los conocimientos y de la capacidad en el ejercicio de vuestra profesión... los mejores estudiantes, los mejores profesores, los mejores juristas, literatos, médicos, ingenieros, naturalistas, fisiólogos, investigadores de la materia y del espíritu, de la verdad y del bien individual y social» [27]. Y luego en la exposición desea que no se desdeñe la bella forma, atrayente y elegante, que hace tanto más amable y accesible el estudio de la materia.

Conclusión

El saber, como realidad humana, debe estar al servicio de la sociedad y de la persona y eso en el sentido pleno que considera a la persona portadora de una escala de valores que van desde los simplemente vitales hasta los religiosos. Frente a esa realidad la Iglesia, por boca de su Jefe supremo, el Romano Pontífice, ha tomado la actitud cristiana de valorar toda realidad como un don de Dios. El mismo Papa lo ha dicho: «Sin tener en cuenta opiniones efímeras, que han tenido su momento en las diversas edades, la Iglesia ha afirmado el valor de lo que es humano y conforme a la naturaleza» [28]. Y ha querido que la ciencia, el arte, la técnica sirvan al hombre en su doble destino, temporal y eterno y se sirve de ellos igualmente en la propagación del mensaje evangélico. Por eso el mismo Papa ha llamado al intelectual, el «homo missus a Deo... ut testimonium perhibeat de lumine». Esta es, a mi parecer, la enseñanza fundamental que deducimos de la lectura de los discursos del actual Pontífice en torno a la ciencia, tomada ésta en un sentido amplio de ciencia especulativa, ciencia aplicada, técnica, estética...

---

26. *Ibid.*, p. 109.
27. *Ibid.*, p. 113.
28. *Al Congreso de Estudios humanísticos*, 25-IX-1949: «Ecclesia» (1949, II sem.),

Universidad Pontificia de Salamanca